

El secreto de Sherezade

Los dones ofrecidos por los cuentos

por Paco Abril*

Los cuentos son viaje y aventura prodigiosa. También nos ofrecen el regalo del afecto, y permiten la identificación, dejan que nos veamos nítidamente reflejados en ellos, en sus personajes y situaciones. La magia de los cuentos nos permite evadirnos de la opresión del mundo cotidiano y, por último, desempeñan un papel importante en el conocimiento de la realidad. De estos dones que nos ofrecen los cuentos trata el siguiente artículo.



MARGA SAMPAIO

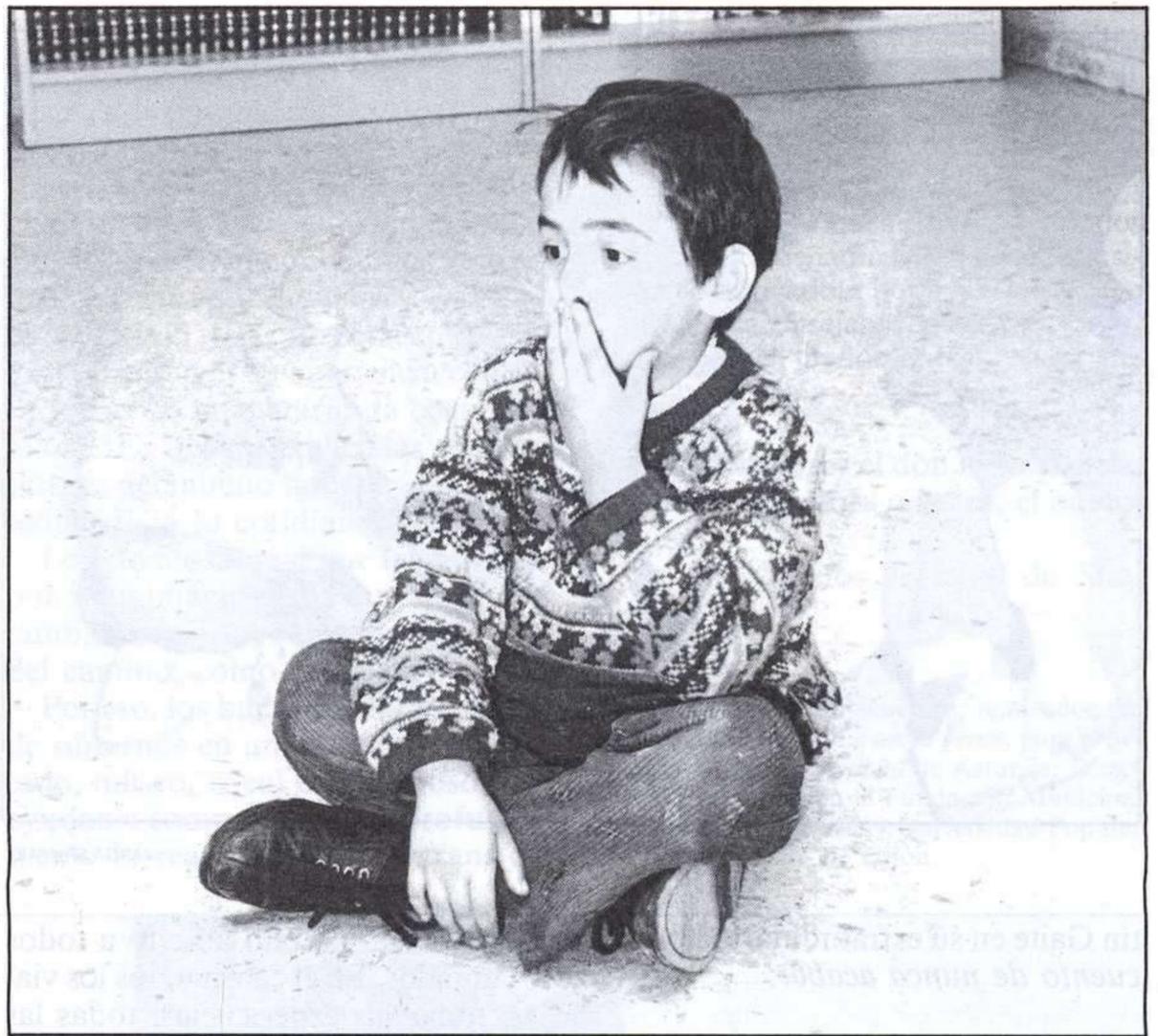
Un día, que nadie me pregunte cuándo, cómo ni por qué, empecé a contarles historias a las niñas y a los niños. Soy tan incapaz de fijar la fecha del inicio de este insólito oficio, como de explicar las causas que me llevaron a ejercerlo.

Con un bagaje de cuentos y poco más de equipaje, recorrí, y sigo recorriendo, pueblos y ciudades de España y del extranjero. Cual un buhonero de palabras, voy donde me reclaman. Y en todos los lugares, como si fuera siempre el mismo sitio, me encontré con miradas fascinadas. Lo mismo daba que se tratara de un pequeño pueblecito perdido entre los pliegues de una montaña, que en el teatro de una gran urbe, que en el aula de una escuela; allí estaban aquellos ojos. Los veía escuchar a través de la mirada.

Fui descubriendo así, poco a poco, mirando a quien me miraba, escuchando a quien me escuchaba, que los buenos cuentos, relatados a viva voz, tenían un poder de atracción mágico. Y, ese poder, no radicaba, ¡qué más hubiera querido yo!, sólo en el transmisor, sino en los cuentos mismos y en las palabras que les otorgaban vida. Los cuentos guardan celosamente la fórmula secreta que les da fuerza. Y hace tiempo que trato de arrancarles su secreto.

El poder de los cuentos

La más ejemplificadora prueba de ese poder nos la dio la gran Sherezade. Ella se salva de la muerte y libera a un país de un tirano gracias a la narración de cuentos. Hace tiempo que busco a Sherezade. Ella, estoy seguro, tiene las claves que nos ayudarían a descifrar el enigma del vigor de los relatos orales. No quiero engañar a nadie, sin embargo, la actitud fascinada de quienes escuchan un cuento se debe al hecho mismo de la necesidad de ficción. Ávidamente bebe un



MARGA SAMPAIO.

sediento. Las niñas y los niños están sedientos de ficciones. Las necesitan de la misma manera que todos necesitamos el agua. Las necesitan para sobrevivir, es decir, para vivir por encima del mero pervivir.

Paseando una tarde con Paul Auster por el Central Park de Nueva York, hablábamos precisamente del poder de seducción de los relatos. Él es también un rendido admirador de Sherezade. Me contó entrañables recuerdos sobre los pensamientos y reacciones de su hijo Daniel cuando tenía 2 o 3 años que, me dijo, están ya para siempre en *El libro de la memoria*. En un momento de nuestro apacible paseo, se paró en medio del verde, junto a un árbol que era casi tan alto como él. La luz de aquel día espléndido le daba un aspecto irreal. Parecía como si de repente le hubiera venido una iluminación. Y entonces me

dijo con voz pausada, grave y confidencial:

«Si la voz de una mujer narrando cuentos tiene el poder de traer niños al mundo, también es cierto que un niño tiene el poder de dar vida a sus propios cuentos. Dicen que si el hombre no pudiera soñar por las noches se volvería loco; del mismo modo, si a un niño no se le permite entrar en el mundo de lo imaginario, nunca llegará a asumir la realidad. La necesidad de relatos de un niño es tan fundamental como su necesidad de comida y se manifiesta del mismo modo que el hambre.»

Pequeños y mayores, cuando nos narran una buena historia, quedamos cautivados por el perfume que destila la sustancia volátil de las palabras. Nos pasa lo mismo que aquel rey africano del que da noticia Carmen Mar-



MARGA SAMPAIO.

tín Gaité en su extraordinario libro *El cuento de nunca acabar*:

«Dijo el rey: “Farlimas, éste es el día en que debes alegrarme el corazón: cuéntame una historia”. Farlimas comenzó a narrar. El rey Akaff escuchaba y, con él, los invitados. Todos se olvidaron de beber; todos, y también el rey, se olvidaron de respirar. Y el cuento de Farlimas era como el hachís. Cuando hubo terminado, todos habían caído en un dulce sopor. El rey Akaff había olvidado sus pensamientos de muerte.»

Los cinco dones

¿Qué aporta un cuento a los oyentes infantiles que siempre están ávidos de ficciones?

Les ofrece, éste es creo su secreto, al menos cinco dones, cinco regalos fabulosos.

El primero es el de la propia historia, el del relato en sí mismo. Les abre una puerta maravillosa, como la descrita por Howard Fast. Si se atraviesa esa puerta, *todo cambia*. Porque el

cuento es un mundo abierto a todos los mundos. En él caben todos los viajes, todas las experiencias, todas las exploraciones. El cuento puede transportarnos a lo más desconocido, esté situado en lugares ignotos o en lo más íntimo de nosotros mismos.

El cuento es, pues, exótico viaje y aventura prodigiosa. A la vez, y en segundo lugar sólo para entendernos, los cuentos ofrecen el regalo del afecto. La memoria borda sus mejores recuerdos con esas tres palabras llave del «érase una vez», pronunciadas por alguien querido.

«Los hijos —decía Betty Hinman— olvidarán que hayamos mantenido la casa siempre limpia, pero recordarán, en cambio, que les contáramos cuentos.»

Todos y todas, a cualquier edad, necesitamos la vitamina A del afecto. Necesitamos sentirnos queridos. El afecto es la energía necesaria para vivir. Con escasa gasolina afectiva circularémos a trompicones por los tortuosos caminos de la vida. Por eso, las palabras para ser efectivas deben ser afectivas.

Los cuentos permiten también, es su tercer secreto, la identificación con situaciones y personajes que están pasando por una peripecia similar a la de los oyentes. De ahí que muchos niños y niñas pequeños soliciten que se les repita cada noche la misma historia. Desean mirarse una y otra vez en el espejo de la ficción donde se ven nítidamente reflejados.

«Las criaturas del aire», como felizmente bautizó José Bergamín a los personajes de ficción, sienten, piensan y sufren de la misma manera que quienes escuchan su aventura. Y así las/los *escuchadores* son, sí, Cenicienta, Rosa Caramelo, Osito Polar, Max en la isla de los monstruos, la princesa Dormilina, la bruja hermosa, Guillermo Brown...

Los cuentos llevan más allá, atraviesan la frontera de lo posible y brindan a las mentes infantiles un nuevo regalo, el cuarto, para entendernos, al sustraerles, durante el breve tiempo del relato, de la opresión del mundo cotidiano. Si los noes que se les dicen cada día a las niñas y a los niños fueran ladrillos, podríamos construir con ellos una altísima muralla que daría varias veces la vuelta al mundo.

El cuento les permite huir del agobio de normas, recomendaciones, sermones, reprimendas, censuras y reproches con los que continuamente les bombardeamos.

En China, un extraordinario pintor esclavo fue condenado a vivir entre las cuatro paredes del palacio imperial. Y pintó un cuadro tan maravilloso que parecía una ventana abierta en el muro donde estaba colocado. Un día, anhelando su libertad, se deslizó dentro de su cuadro y desapareció por los caminos creados por sus pinceles.

Las niñas y los niños, igual que el pintor chino, irán por unos instantes a través del cuento. A su regreso, como Max cuando fue a la isla de los monstruos, encontrarán el mundo igual que cuando se fueron, pero ellas y ellos ya no serán iguales que cuando partieron.

Los seres humanos nacemos con el deseo de saber. Poseemos una conducta exploratoria que nos impulsa a conocer el mundo. Para las niñas y los niños el mundo es un cúmulo permanente de sorpresas. Por eso interrogan continuamente, a veces hasta la exasperación, sobre cuanto suscita su curiosidad, que suele ser casi todo. Las preguntas son la génesis del conocimiento.

El sistema educativo acaba muchas veces con el deseo de interrogar. Convierte las preguntas en respuestas fabricadas en serie que luego vende empaquetadas en libros de texto. Anulan así el natural deseo de preguntar.

Además, las niñas y los niños no piensan como los adultos. Están en otra onda. Tienen formas de sentir, pensar, razonar y entender la realidad de forma diferente a la de sus mayores. Sus respuestas no siempre les sir-

ven. Por eso a veces se hace tan arduo el intercambio de opiniones entre un niño y un adulto. No tienen el mismo lenguaje aunque lo parezca.

Los cuentos, y esto puede ser difícil de entender, desempeñan un papel importante en el conocimiento de la realidad. He aquí el quinto y, por ahora, el último don que ofrecen. Es un don extraño por su apariencia contradictoria. Lo imaginario da cuenta de lo real. La ficción explica las complejidades del mundo tangible. Lo inventado refleja lo cotidiano.

Los cuentos, igual que las novelas, por muy imaginativas que sean, son también espejos colocados a lo largo del camino, como decía Stendhal.

Por eso, los buenos cuentos, en vez de sumirnos en un mundo desconectado, mítico, irreal o fantasioso, nos ayudan a comprender más profundamente lo real, incitando a transfor-

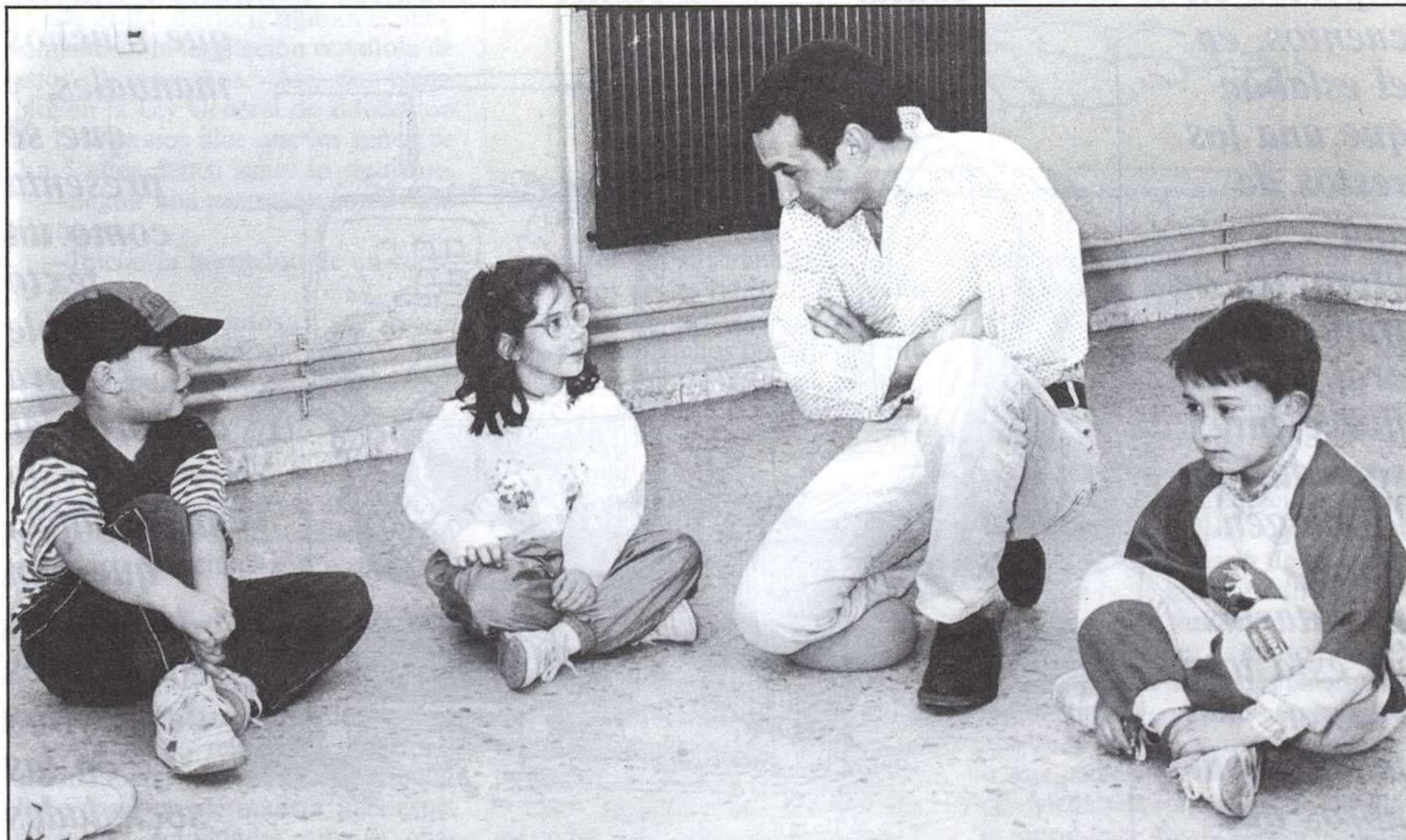
mar, a la vez, esa realidad. Walter Benjamin fue el primero que se percató de ese poder subversivo de los cuentos:

«Hace ya mucho tiempo que los cuentos enseñaron a los hombres, y siguen haciéndolo hoy a los niños, que lo más aconsejable es oponerse a las fuerzas del mundo mítico con astucia e insolencia.»

Éste podría ser el don número seis. Busca tú, lectora o lector, el número siete.

Es otro de los secretos de She-rezade. ■

* **Paco Abril** es cuentacuentos; realizador del Suplemento infantil *La oreja verde*, para el periódico *La Nueva España* de Asturias; Director de Programas en la Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón.



MARGA SAMPAIO.